

Analía Iglesias

Si los narcisos florecen, es revolución

editorial



cuarto
centenario

1ª edición julio 2021

De la edición © Editorial Cuarto Centenario
En colaboración con Arrebol S. L.
www.arrebolagencialiteraria.es

Del libro © Analía Iglesias
analía.c.iglesias@gmail.com

Ilustración de portada Ricardo Vergne

Edición: Editorial Cuarto Centenario

Diseño y Maquetación: Arrebol S.L.

Impresión: AGSM Artes Gráficas

ISBN: 978-84-122070-4-0

Depósito legal: TO 197-2021

INDICE

| | |
|------------------------|-----|
| Parte I | 7 |
| Parte II | 21 |
| Parte III | 41 |
| Parte IV | 87 |
| Parte V | 103 |
| Parte VI | 125 |
| Parte VII | 141 |
| Epílogo | 169 |
| Glosario | 175 |

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.



A Quique.

También a Sachi, mi mamá.

A los hermanos.

Parte I

La belleza no es un lugar adonde vayan a parar los cobardes

ANTONIO GAMONEDA

uno

Poder ir a París en tren, eso era estar en el mundo. El pin amarillo *nucleaire, non merci*, cursar el bachillerato sin uniforme y elegir las materias, escuchar a los Beatles en la clase de música.

A los 36 años, estaba a punto de regresar a ese país donde había cumplido los 18, donde fumé y bebí por primera vez, donde vomité por primera vez los excesos, donde me sentí, por una vez, lejos de control de las monjas, la policía, los vecinos y los laureles argentinos.

Cuando falten pocas semanas para cambiar de siglo, a punto de empezar el dos mil, me prepararé para viajar a Alemania por segunda vez en mi vida. Esta vez sentiré que quizá no vuelva a la Argentina. Que quizá esta partida sea la definitiva.

Mientras amontone mi ropa más abrigada en la valija, repasaré postales y emociones: muy pronto volvería a sentir los olores de la adolescencia, las *Bratwurst mit Pommes frites* en la calle, el dolor por el frío cerca de Dinamarca, las rodillas heladas, duras de hielo, los pies insensibilizados por horas y horas sobre montañas de nieve con barro, haciendo nada en un paisaje nocturno de bosques ondulados y de risas y charlas, la despreocupación.

Con la maleta abierta, puede que en ese momento, con 36 años y dos hijos, repasara mentalmente: gorro, guantes, bufandas, todas, y entonces se me cruzaría una imagen que es el pequeño comienzo de una respuesta. Es la postal de un luminoso junio en Córdoba, el del 78: he salido del colegio antes de hora por el *benedito* mundial de fútbol, y, junto a mis compañeras, he caminado hasta la catedral.

Córdoba, mi Córdoba argentina, en los 70, era de colores fuertes y, ese día, la plaza San Martín estaba llena de europeos de pelos amarillos en camisetas de mangas cortas, a pesar del invierno. Hay mucha luz de mediodía, y los alemanes, sí, son alemanes, retozan al tibio sol, plácido de provincia, antes de que se haga la hora de ir al estadio. Hasta el último rincón de la Tierra ha llegado esta fauna variopinta de ingleses, alemanes, italianos y brasileños, pero son los alemanes los que pasan más tiempo en Córdoba y yo los escucho hablar a los gritos, reírse y cantar. Ahí es cuando pienso que preferiría no perderme nada.

En el 99, a punto de viajar por segunda vez a Europa, se me ocurre que fue en el 78, en ese momento de patota futbolera, sol y camisetas blancas con águilas negras, cuando quise saber algo de ese idioma de consonantes. Tenía 15 años, y quería entenderles a los alemanes. Con los demás –brasileños, franceses, italianos, ingleses– mal que mal podía arreglármelas, pero esa lengua era difícil, eso sí que había que decidirse a estudiar.

Turbulentos 15, Carli seguía desaparecido. Nadie sabe nada. Cada vez que cerraba los ojos volvía a verme sentada sobre las rodillas de mi hermano mayor, aquella tarde en que Carli me había alcanzado a decir que si él fuera mi papá sí que me dejaría ir al cine con el chico que me gustaba. Entonces, yo recién tenía 12 y ni siquiera me atrevía a pedir permiso para gustar de un chico, menos para ir al cine.

Apesadumbrados 15, un hermano secuestrado por la dictadura y las monjas diciéndonos que ojo con lo de enamorarse: «enamoramiento quiere decir *en amor miento*», y por eso no había que dejarse tocar por el novio.

Culposos 15, que también marcaron la frontera de Dios: fue a esa edad cuando empecé a dudar de su existencia, pero la imagen de su dedo acusador me atormentaba. Una noche, entre las brumas de las amenazas con hábitos y bigotes de monja, con un negacionismo creciente, entre cientos de preguntas sobre el universo y nuestra insignificancia, desde cuándo existen los planetas, hasta dónde hay espacio, por qué los idiomas y los mandamientos católicos, sentí un latigazo de culpa: ¿y si Dios me castigaba por dudar de su existencia mandándome la vocación de monja?

Y ahí las consonantes fueron un atajo: mejor Europa que el castigo divino, mejor intentar algo, por lejano y difícil que sonara, antes de someterse al flagelo superior. Mejor conocer Alemania, Francia, el mundo, antes del apocalipsis, o el convento.

A los 16, me puse a estudiar alemán. Y a los 17, ya vivía en Alemania. Tuve que sudar exámenes, entrevistas y temblar al pedir un certificado de buena conducta a las monjas y el pasaporte a los milicos. Pero ningún obstáculo había tan poderoso frente al deseo de huir de los fantasmas de los pasillos del convento y los esqueletos con cruces del campanario, la confesión de rodillas y los golpes en el pecho («*por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa*»), todo era nada frente a la necesidad de poner mar, mucho mar por medio.

Estas son las conclusiones parciales del 99, con la valija a medio cerrar, a punto de volver a dejar la misma ciudad llena de campanarios, pero ahora ya con vida adulta. Carli, mi hermano mayor, sigue desaparecido.

De los 17 a los 18, entonces, viví en el norte blanquecino, luterano y silencioso, salvo por los gritos pelados de los cerdos a la hora precisa de comer, por las tardes. Aquella cochina desesperación por la comida en las granjas del pueblo alemán de 200 habitantes se me había quedado grabada.

Harderode, ¿seguiría igual? Seguro que los tractores habrían cambiado, pero no la gente. Algunas casas tendrían dos pisos,

para los hijos y los nietos. Pero las colinas alrededor seguirían verdes en verano y blancas en invierno. Y los niños continuarían aprendiendo a tocar instrumentos de viento en la iglesia (*blasen*, ese verbo que es soplar y también ‘chuparla’).

Y los chicos juntándose en la parada del autobús antes del primer dinero para la cerveza en el *Kneipe*. Esta vez, en 1999, yo iría por fin a Berlín, aquella ciudad prohibida antes de la caída del muro, otro tabú, otros miedos. Pero quería pasar un día por Harderode, verme a la distancia en esa vida de praderas sin dios, verme en el momento en que elegí todas las preguntas.

Frente a la maleta abierta, tal vez evocara la panza de mi amiga, que pariría a finales de noviembre del 99, justo el día de mi segundo vuelo a Alemania. Seguro que pensé en ella, que ha vivido toda la vida en la misma casa, en la que nació, en la que murieron sus padres, en la que nacerá ahora su hija, con los vecinos cerca, los vecinos de toda la vida.

En cambio, yo sé lo que es acostumbrarse a la distancia, sé del gesto que sale de la memoria del cuerpo y que pone en duda nuestros desplazamientos. Me he sorprendido muchas veces de mi propio cuerpo recorriendo las costumbres de otra casa, la que ya no es; tanteando un grifo, esperando una forma, redondeada, suave, como de flor dibujada con cuatro pétalos, y encontrando otra, la de un cilindro estriado.

Es como redescubrir mil veces esos bordes que fueron nuevos pero que ya se han convertido en cotidianos y saber que el cuerpo todavía recordará mil veces más otros contornos que se le adaptan desde algún lugar del tiempo. Puedo estirar la mano en la oscuridad del cuarto del presente y esperar la perilla de mi habitación de la niñez, oír sin oír el ¡trac! de la perilla al subirla para encender la luz, sentir en la yema de los dedos el jueguito casi imperceptible que desvía el interruptor en el último tramo, cómo se ralentiza el último milímetro del negro sobre el blanco de la tapa, las molduras de plástico, y a continuación la textura gruesa del revoque de la casa de mis padres, la que vendimos mis hermanos y yo, muchos años atrás.

Estoy partiendo. Otros picaportes. Entrar y salir con otras formas en las yemas de los dedos, otros roces en las palmas. Otros límites. Otro dibujo de ventanas al despertarse, las persianas en rayas luminosas sobre la pared opuesta a la de la arquitectura mental. Los pies sobre otros suelos, maderas que no raspan con las astillas de la bisabuela, suelos que resuenan cóncavos porque justo debajo hay hueco y no tierra, ni cimientos. Otras rutinas del cuerpo. La memoria del tacto.

Hurra, hurra, die Schule brennt!, cantan los Extrabreit en el recuerdo. La maleta sigue abierta. ¡Hurra, hurra, arde el colegio!, era el grito postpunk. Llegué a mi primera Alemania en el 81, en pleno fervor *new wave*, cuando en política nacían los verdes, yo me ponía un pin amarillo contra las nucleares y conocía a Dirk, un novio de rubias y largas barbas vegetarianas. Por fin podía hablar de la dictadura, con todas las letras, por fin escuchaba que alguien dijera a viva voz que en Argentina los militares perseguían y torturaban y asesinaban masivamente. Por fin iba al colegio sin uniforme, por fin no había más monjas ni banderas ni escarapelas ni el ángelus al mediodía, ni la marcha militar al final de la transmisión de la radio.

Die Sumpflume se llamaba el bar del primer porro en Hameln. Un músico uruguayo de unos veintipico me invitó a la primera seca clandestina, en la trastienda de ‘la flor del pantano’. Dirk esperaba en el local, frente al escenario, quizá hubiera pedido un té, Dirk no bebía cerveza.

Durante aquel año de mis 17 hacia los 18, paseé en tractor por la granja de mi vecino Hermo, tomé té con Dirk en su habitación iluminada con velas, largas tardes de noche, con tetera de cerámica y pasión de pantalones puestos, húmedos pantalones puestos. Placer a medias. En amor miento. Apocalipsis. Me reí cuando escuché a Marlon Brando doblado al alemán, en el monólogo final de *Apocalipsis now*, de Francis Ford Coppola. Bebí mucha cerveza y escuché a Santana en vivo, en Hannover, después de haber visto, en video, decenas de veces su actuación en Woodstock.

Había dejado varios libros en Alemania. Entre lo poco que le legué a Dirk estaba aquel libro del boicot al Mundial 78 que me regalaron los franceses y un manifiesto prosoviético en castellano *Así es la RDA*. En el 82, había regresado a Argentina satisfecha con mi incipiente herencia política y tan insatisfecha y virgen como me fui. Himen intacto. Luego me avergoncé durante muchos años por el sufrimiento que les había infligido a los pobres chicos con los que salí de los 15 a la mayoría de edad: sexo con pantalones puestos. Dirk fue el único que nunca se quejó.

En amor miento.

¡Clac! Cierro la valija. «Hacer el amor con los pantalones puestos», así lo había llamado Damián, mi primer novio en la facultad, y el último de los pantalones puestos. Solo por el bochorno que me provocaba esa absurda figura creada por Damián, había accedido poco tiempo después a quitarme por primera vez la ropa. Estaba en primer año de la facultad cuando me desnudé por primera vez delante de un chico. De eso me acordé cuando enderecé la maleta contra la pared de la casa semivacía. Y en dos días estaría helándome de nuevo las plantas de los pies en las veredas alemanas.

dos

Cómo me chirriaba la patria. Ya la palabra se me atragantaba. En el 72 o por ahí, Carli me había hablado de los «gorilas que asesinaron a los compañeros en Trelew». Yo no había cumplido los diez años y retuve: 'gorilas'. Algún día averiguaría qué quería decir, a quién se refería mi hermano aquella vez en el lavadero de la terraza de la abuela, cuando me contó que los 'gorilas' sacaron a los compañeros de la cárcel y los llevaron a un lugar alejado y los mataron como a perros.

Escuché todo el relato inmóvil, a su lado, mientras él frotaba, bajo el chorro de agua, la paleta de algo, una hélice (de un ventilador, o de un lavarropas). Me quedé callada. Mi hermano sí que sabía de estas cosas, y cuánto lo hacían sufrir. Yo tenía que aprender un poco más, estar a la altura, saber de lo que él me hablaba. Pero esta vez no tenía nada que agregar y me quedé callada.

Después caminé sola, atravesando toda la terraza, y me asomé a la calle. Me dio un poco de vértigo (siempre me dio la impresión de que era capaz de tomar impulso y lanzarme al vacío), pero mantuve las rodillas tensas hacia atrás. Enfrente seguían charlando las chicas de tacos y minifaldas, esperando en Rivera Indarte y Humberto Primo, y de ahí hacia el río, de a dos o tres por cuadra. ¿Qué esperarían todo el día y toda la noche ahí? ¿Quiénes eran los 'gorilas'?

No sabía por qué, pero esa palabra, patria, no era mía. Tampoco gorila, pero menos patria.

Carli hablaba con expresiones que sonaban inmensas, como toma del poder, la internacional y 'cipayos' o 'gorilas', y en las fiestas de cumpleaños se enzarzaba en discusiones horribles con mi papá, con nuestros tíos y, especialmente, con un primo segundo que era cadete de la Fuerza Aérea. Con ese primo también se enojó mucho mi papá, una vez que este, que ya era

aspirante a oficial, dijo: «Los únicos capacitados para gobernar en este país son los militares».

Patria sonaba a eso: a marcha militar, a escarapela, a escudo, a muchas espadas, a laureles, a tener todos una obligación común, todos. Yo no podía soportar la obligación del *oíd mortales*, *el grito sagrado*, aunque en la parte de *al gran pueblo argentino*, *salud*, el himno nacional me hacía una cosquillita agradable, como de orgullo. Luego la cosa se ponía grave de nuevo y era muy jactancioso y muy mentiroso exclamar: *Coronados de gloria viva/a/a/a/a/amos. Oh, juremos con gloria morir.*

¿Por qué había que morir? ¿Por la patria? ¿Alguien nos obligaría alguna vez a sufrir con 'gloria'?

Tenía 12 cuando compré mis primeros discos. Fueron mis primeros viajes al centro, sola, en el ómnibus, con la plata justa para *Vida* y, poco tiempo después, para *Confesiones de invierno*, los dos primeros discos que había sacado Sui Generis. Y volvía en el ómnibus con el cuadrado gigante bajo el brazo, satisfecha, tocando suave la carátula de cartulina, cuidando el tesoro dentro, aquellos vinilos. Esta música sí que era otra cosa. Era la libertad de ser diferentes, cada uno como quisiera, muy tristes, y enamorados, solos, pero sin escarapelas, ni gloria, ni laureles, y menos con patria.

Entonces, los sábados a la mañana, cuando mis padres se iban a hacer las compras y mis hermanitos menores salían a jugar a la calle (y Carli, quién sabe por dónde andaría), tenía el living y el equipo de música para mí sola. En la bandeja del combinado siempre había algún disco de mi papá (él nunca los devolvía a sus carátulas). Yo buscaba el sobre del disco para que no se rayara y guardaba en su sitio los *Grandes éxitos*, de Glenn Miller, o la *Música de películas* de, Fausto Papetti, o los boleros de Tito Rodríguez o los tangos en la voz del 'varón del tango', Julio Sosa, o *Lo mejor de Louis Armstrong*, y entonces... entonces, todo el combinado era mío: comprobaba que la perilla estuviera en 33 revoluciones, levantaba el brazo para ver si tenía que quitarle alguna pelusa a la púa, luego la apoyaba en la pista preferida y giraba el volumen hacia el 'máx.'